FUNDACION "MARCOS GARCIA MERCHANTE"

Alcala del Rio

Cuadernos de Temas Ilipenses

LEYENDAS ALCALAREÑAS

(II)

Relatos de hechos y sucesos que dicen ocurrieron en la villa de Alcalá del Río, según cuentan los más viejos del lugar

Narrados por

José Benjamín Domínguez Aguilar
Consejero de la Fundación Marcos García Merchante

Nº 5

Octubre 1994

Colección de cuadernos sobre Historia, Arte, Letras, Ciencias y Sociología de la Villa de Alcalá del Río.

Edita: **Fundación Marcos García Merchante.**

Patrocina: **Excmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río**

(Delegación de Cultura)

PUBLICACION TRIMESTRAL

Nº 5

Octubre, 1.994

Leyendas alcalareñas (II)

José Benjamín Domínguez Aguilar

Portada:

Alcalá del Río en el siglo XVI (Detalle)

Publica:

Fundación Marcos García Merchante

Patrocina:

Excmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río

Plaza de España, 1

Tlf. 565 11 00 - Fax. 565 00 73

41200 - ALCALA DEL RIO (Sevilla)

Material Gráfico:

José B. Domínguez Aguilar

Imprime:

Gráficas Alcalá S.L.

C/ Fragata, 8 - 41200 Alcalá del Río

Teléfono y Fax: 565 07 07

Pedidos y Suscripciones:

Excmo. Ayuntamiento (Delegación de Cultura)

Depósito Legal: SE 157-94

© Fundación Marcos García Merchante

Suscribiéndote a Cuadernos de Temas Ilipenses, estás colaborando con la investigación y difusión de la cultura de nuestro Alcalá del Río.

NUMEROS PUBLICADOS

Nº.1.- La Carta Puebla de 1.390 de Alcalá del Río. (Octubre, 1993)
Marcos Fernández Gómez
Nº.2.- Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción. (Parte 1ª). (Febrero, 1994)
Nº.3.- Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción. (Parte 2ª). (Abril, 1994)
José Antonio Arteaga Ruiz
Nº4.- Leyendas alcalareñas (I) (Julio, 1994)
Nº5.- Leyendas alcalareñas (II) (Octubre, 1994)
José Benjamín Domínguez Aguilar

PROXIMO NUMERO

- La Real Capilla del Sr. San Gregorio de Alcalá del Río. (Guía histórico-artística) (I)
Gregorio García-Baquero López (Enero,95)

NUMEROS EN PREPARACION

- **Reverte, el último torero de leyenda.**
- **Casos insólitos en la historia de Alcalá del Río.**
- **La moneda Ilipense**
- **Las calles alcalareñas y sus nombres**
- **Inventario artístico de las cofradías alcalareñas.**
- **La cofradía del Buen Fin: ¿Un ensayo positivo?.**
- **Apellidos y linajes alcalareños.**
- **La casa alcalareña.**
- **La economía alcalareña.**
- **Alcalá del Río en la fotografía y la pintura.**
- **Alcalá del Río en la inspiración (poemas).**

(El orden de los títulos en preparación no implica necesariamente su orden de publicación).

La Cruz de los Benavides

En los archivos hay constancia de las muchas cruces que en la antigüedad adornaban las esquinas, las plazuelas y los caminos de Alcalá del Río. De todas ellas, apenas quedan en pie sólo cinco, aunque quienes hayan nacido hace más de cuarenta años han tenido la oportunidad de conocer al menos otras tres más.

De cada una de las cinco que quedan en pie todavía, sin tener en cuenta la reciente Cruz del Barrio, que son la Cruz Chiquita, la Cruz Blanca, la Cruz de la Sacristía, la Cruz de los Pescadores y la Cruz de los Benavides, de todas ellas debe haber su historia o leyenda, por cuanto algún motivo especial debió existir para que algún día, ya muy lejano en el tiempo, nuestros antepasados decidieran levantar allí una cruz.

Hace ya varios siglos, el pueblo solía celebrar alrededor de algunas de estas cruces grandes fiestas y bailes con motivo de la festividad de la Cruz de Mayo, pudiéndose comprobar en los libros de visita de la parroquia como el visitador del arzobispado prohibe que los ornamentos de la iglesia sean sacados de ella para adornar las cruces de las calles en estas fiestas.

Algunas de estas cruces debieron convocar a tantas gentes y sus fiestas debieron ser tan sonadas que nos han llegado noticias de ellas hasta nosotros, como ocurre con la cruz que había en El Arenal, al final de la calle de los Mesones. Sin embargo, hay otra cruz, la llamada de los Benavides, que a pesar de ser una de las más artísticas y mejor emplazadas, no ofrece ninguna noticia sobre fiestas y bailes celebrados a su alrededor. Esta Cruz de los Benavides no es otra que la situada en la confluencia de las calles de los Mesones y de las Cortes, colocada sobre una columna o poyete de mampostería, aislada de la pared de la casa que está detrás.

Sería interesante sondear la memoria y los recuerdos de los alcalareños y recabar noticias o relatos sobre esta cruz, en especial de aquellas familias que, por tradición, se han encargado siempre de blanquearla y adecentarla. Aunque mucho me temo que ya nadie nos sepa dar noticias al respecto, salvo que siempre se le ha tenido mucho respeto.

Sobre el respeto a esta cruz sí somos testigos todos, mayores y jóvenes, aunque, en realidad, nadie sepa explicar el por qué de este respeto. En nuestro pueblo siempre ha habido desaprensivos y energúmenos que no han respetado nada de lo poco que tenemos, y destrozos en la fuente del Calvario y objetos viejos y basura colgando de los naranjos de las plazas o de la misma fuente, alguna vez que otra han aparecido por la mañana. Sin embargo, que sepamos, a esta Cruz de los Benavides nunca se ha atrevido nadie a tocarla. Y mejor será que no se atrevan.

Cuando los alcalareños de mi generación teníamos entre ocho y trece años, uno de los juegos preferidos para las noches era el llamado «Cerro», que no es más que una variante del juego de «Policías y ladrones» o «Perros y liebres», complementado con el juego del «Escondite». Entonces no había televisión y después de la cena, entre las nueve y las once de la noche, volvíamos a salir a la calle a jugar, si no hacía mucho frío y si Don José el Viejo no nos había puesto muchos deberes para hacer en casa. Las calles, sólo alumbradas por una triste y mortecina bombilla de esquina en esquina, estaban la mayor parte de ellas en total oscuridad, lo que favorecía el juego del «Cerro». Este juego consistía en formar entre los niños dos bandos. Uno se iba por las calles y tenía que retornar al lugar señalado como el «Cerro» sin ser visto ni capturado por los miembros del otro bando, que salían en su persecución. En la técnica del juego tomaba más parte el actuar sin ser visto que la capacidad de correr más que el adversario.

Recuerdo que jugando al «Cerro» cualquier callejón, carro estacionado en la calle u otro tipo de objeto o bulto que pudiera servir de escondite constituía el lugar idóneo donde situarse hasta que los perseguidores pasaran y así poder volver al «Cerro» sin ser vistos. Detrás de la Cruz de los Benavides, situada en una encrucijada de calles y próxima a los callejones del Alcázar por donde era fácil escapar de la persecución, constituía un lugar ideal para esconderse, y sin embargo, pocos niños lo hacían. La razón de ello nadie lo sabe explicar, pero lo cierto es que aquel lugar nos llenaba de cierto temor o respeto y muy pocos nos deteníamos allí.

Quizás sin saberlo, estábamos actuando influenciados por la memoria colectiva heredada de nuestros antepasados.

A falta de mejores noticias o de que alguien encuentre datos más esclarecedores y fiables en algún archivo, la versión que conseguí un día acerca del misterio de esta Cruz fue la que seguidamente te voy a contar.

***

De esto hace ya muchos años. Alcalá del Río era aún una población rodeada de murallas pero abierta al tráfico y transporte de todo tipo de productos a través del río y de los caminos que por Alcalá pasaban desde Sevilla hasta los pueblos de la sierra y más allá de ella, cruzando la Extremadura, León y terminando en las Asturias. La auténtica y famosa Ruta de la Plata, por la que el comercio y las riquezas traídas de América pasaban desde el puerto de Sevilla a Castilla y León no es la que hoy identificamos con la carretera nacional Sevilla-Mérida en su tramo desde la Pañoleta hasta Monesterio. La auténtica Ruta de la Plata partía de Sevilla por La Rinconada, Alcalá del Río, Castilblanco, Almadén de la Plata y, desde aquí, tomaba ya la carretera actual por Monesterio y Mérida.

Esta ruta, según la velocidad de desplazamiento entonces al alcance de carros y animales, estaba marcada por jornadas, de las cuales la primera era Alcalá del Río, donde se hacía noche el día de la partida desde Sevilla, o el día antes de llegar allí para los que bajaban de Extremadura. Esta es la razón por la que en Alcalá hubiese varias posadas y mesones, la mayoría de ellos en el lugar donde terminaban los caminos y atracaban los barcos y que hoy nos ha quedado con el nombre de calle de los Mesones, donde además estaba el almacén de la sal, destino o partida de muchos carreteros leoneses.

Por causa de este tráfico comercial que pasaba por Alcalá, también pasaban todo tipo de gentes de todas las condiciones y de las más extrañas procedencias. Carreteros, pastores, arrieros, soldados, barqueros, aventureros, bandidos, nobles, eclesiásticos e incluso reyes hicieron jornada aquí alguna vez que otra o atravesaron por nuestro pueblo...

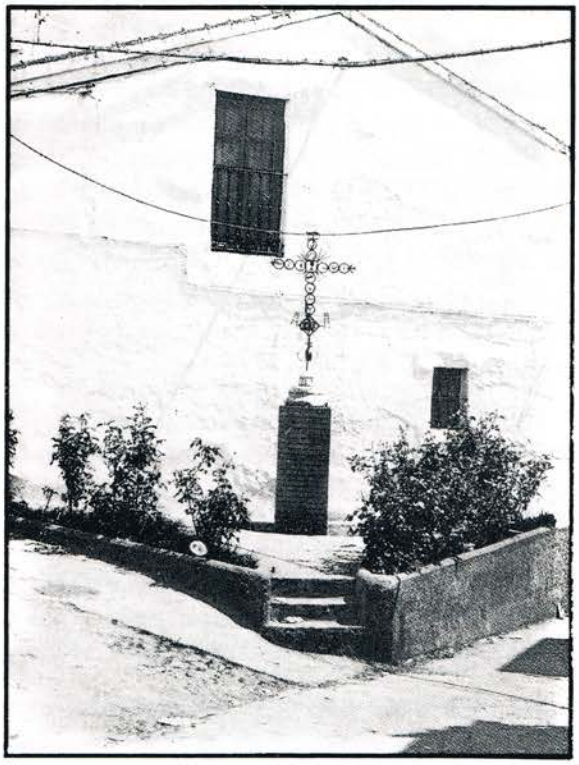
Como suele ocurrir, alguna vez alguien se pone en camino sin saber a ciencia cierta a donde dirigirse y, en el primer lugar que llega y que le satisface, se queda allí por una temporada, hasta que cualquier otro motivo lo vuelve a poner en camino. Y esto fue lo que sucedió con respecto al personaje de nuestra historia.

Era una persona negruzca, retorcida, tosca y fea como una algarroba. Pero si fea y desagradable era su apariencia física, ésta no era más que un leve reflejo de la fealdad de su alma. Persona con peor versación y más mala lengua no era recordada en Alcalá ni por los más ancianos. Las peores blasfemias eran palabras comunes y frecuentes en su lenguaje. Nadie se alegraba más de las desgracias ajenas que aquel vagabundo ni por Alcalá había pasado nunca nadie con tan malas ideas ni más peligroso.

Solía pasarse la mayor parte del día y de la noche sentado en unos cantos que había justo entre la calle de las Cortes y la calle de los Mesones, justo en el lugar donde hoy está la cruz. Aunque no se le conocía oficio ni arte alguno, no se le veía pasar necesidad ni era considerado por los alcalareños como un pobre mendicante, por lo que nadie le daba limosna ni él las pedía, salvo alguna vez que otra pero con el sólo fin de ridiculizar e insultar a quien se la negaba.

Apenas permaneció en el pueblo un poco de tiempo y fue conociendo a las personas por sus nombres y sus relaciones familiares, su mala lengua y sus pocos escrúpulos encontraron en la difamación y en la calumnia su diversión favorita, no quedando libre ninguna mujer decente del pueblo de algún chismorreo o habladuría que, sin ningún motivo real, recorría las tertulias y lavaderos, partiendo siempre del odioso visitante.

Algunos lectores se preguntarán por qué no lo echaron del pueblo. Ciertamente hubo algún intento, pero nadie se atrevía a poner el cascabel al gato. Para muchos era un pobre loco, demente, al que había que tener lástima y que no era responsable de sus actos. Para otros, era un peligroso enemigo con el que no había que indisponerse, por temor a que te sacara los más vergonzantes infundios y calumnias y la buena fama ganada durante toda la vida se viera por los suelos, perdida en habladurías y sospechas. Para otros, era un endemoniado, protegido por el propio Satanás, cuya maligna providencia hacía que pudiese vivir sin trabajar y sin oficio alguno, salvo el de sembrar el mal.



La Cruz, antes de la última reforma.

CRUZ DE LOS BENAVIDES. En la actualidad.

Había quien decía que era hijo del mismo diablo porque si Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, en aquel hombre no había nada que pudiera recordar o semejarse a Dios. Esta creencia fue tomando cada vez más arraigo entre los alcalareños, sobre todo después de aquel Viernes Santo por la mañana en el que, al pasar por allí el paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno, se puso a mofarse de la imagen y de todos los que iban de nazarenos en la cofradía.

Su procedencia era totalmente desconocida. Nadie sabía de donde era ni cual había sido su vida anterior. La verdad era que pocos hablaban con él y muchos menos los que se creían lo que contaba pues, mentiroso y embustero como él solo, no contaba dos veces la misma historia sin que se contradijera en la mayor parte de ella.

Pocas veces se le veía en otro sitio que no fuera su poyete habitual, en las esquinas de las dos calles, pero alguna vez que otra, en la ocasión menos sospechada, te lo podías encontrar de sopetón en el lugar menos pensado. Esto lo hacía aún más peligroso. Bastaba que cuando alguien pasara por allí que se pusiese a cantar cualquier coplilla diciendo que lo había visto en tal o cual lugar robando o haciendo tal o cual cosa para que ya los que le oían quedasen en la duda de si se trataba de algo cierto o de alguna de las mentiras y maldades del «Lufano», que es como él decía llamarse.

Si algún pobre hombre se le quemaba la paja, Lufano hacía un chiste. Si a otro se le moría una mula, para Lufano era una buena noticia, encargándose él mismo de anunciarla a todo el que pasaba. Si se decía que alguien había dado una buena limosna para la iglesia, movido por su devoción y piedad, no era extraño oír a Lufano comentar que él se había enterado que la limosna era como penitencia por un pecado muy gordo que había cometido. Si alguna persona solía entrar en casa del vecino enfermo, para hacerle compañía durante un rato, Lufano levantaba la sospecha de que entraba por estar liado con la mujer del enfermo.

De las fechorías de aquel malvado se podría seguir

escribiendo páginas y páginas sin que se agotase el tema. Pero por poner fin de alguna forma a este relato, pasemos a la última que se recuerda y que nos libró de él.

En una de las calles que rodean el Alcázar vivía una familia forastera, muy honrados y trabajadores todos, compuesta por el matrimonio, una hija y dos hijos. En los muchos años que hacía que vivían en Alcalá, nadie tuvo nunca que decir nada malo de ellos, sino todo lo contrario: serviciales, atentos, discretos, honrados, trabajadores... Quizás porque su apellido fuere el de Benavides, lo cierto es que en Alcalá los conocían a todos como «Los Benavides». Como nadie estaba libre de las fechorías del Lufano, un buen día le tocó también a la hermana de los Benavides, una muchacha guapísima pero decente y buena como la que más en el mundo. La calumnia levantada por el Lufano encontró esta vez predispuestos a muchos a difundirla por el pueblo como cosa cierta y no como una más de las mentiras del Lufano. La envidia de algunas mozas de la guapura de la muchacha, o la de otros que no gozaban de la simpatía y el respeto que los Benavides gozaban en Alcalá, sirvió de refrendo y falso testimonio al infundio del perverso Lufano.

A pesar de quien provenía la acusación y de su mala reputación, la familia de los Benavides no dejó de sufrir las consecuencias y la vergüenza de verse en boca de unos y de otros, cosa que nunca había sucedido ni habían dado motivo a ello. Días más tarde, los Benavides se encontraron a Lufano merodeando por la Ermita de San Sebastián y, furiosos por lo que había sucedido, le propinaron una buena paliza y le advirtieron que si lo volvían a ver por el pueblo lo matarían. Mientras le golpeaban, en vez de dolerse de los golpes y mostrarse temeroso, más bien parecía estar disfrutando, gritando entre risas:

- ¡Odiame!, ¡ódiame! Eso es lo que yo quiero, que todo el mundo me odie.

Al día siguiente, el Lufano volvió a estar en los cantos de la calle de los Mesones como si nada hubiese pasado, sin moratones ni señales de la paliza que le dieron el día anterior y tan provocativo y soez como antes.

Ante aquello, los Benavides comprendieron que por la violencia no iban a conseguir nada y, sin consultar a nadie pero convencidos de lo que hacían, unos días más tarde arrimaron a los cantos un carro de arena, ladrillos y cal, entre las protestas y mofas del Lufano. Sin pausa ni descanso, levantaron el poyete de mampostería y, al mediodía, éste estaba terminado y sobre él una cruz de artística cerrajería que ellos mismos habían encargado para ponerla en el patio de su casa cuando terminaran las obras que estaban haciendo en ella.

Antes de irse los Benavides a almorzar a su casa, dijeron al Lufano, que parecía haberse achicado un poco y estaba muy callado sentado en los escalones de la acera de enfrente:

- Se te ha permitido tocar nuestra honra y nuestro honor, pero por Jesucristo Sacramentado y por la Pasión que esta Cruz representa, no te atrevas a tocarla.

A partir de aquella tarde, al Lufano se le dejó de ver en los poyetes o cantillos de la calle de los Mesones y ya nunca más se le vio por Alcalá, dejando tras de sí sólo el mal recuerdo de su peligrosa lengua y una Cruz de artística cerrajería que, desde entonces, todos en Alcalá llamarían como la Cruz de los Benavides.

***

Con el tiempo, y cuando por alguna causa salía la conversación y se hablaba de un vagabundo llamado Lufano que anduvo cierto tiempo por Alcalá sembrando la maledicencia y fomentado la envidia, no faltó quien asegurara que en Almadén, en Monesterio o en cualquier otro pueblo le habían visto haciendo las mismas cosas que se contaban que hizo en nuestro pueblo. Pero al entrar en detalles, no siempre coincidían, por lo que la conclusión siempre era que no se trataba del mismo, sino de alguien parecido.

Es más, ha habido veces en las que alguien, aunque no lo ha dicho, ha creído ver a Lufano por alguna parte de nuestro pueblo y por eso siempre se ha cuidado y respetado la Cruz de los Benavides, para que nos libre de que vuelva a sentarse en aquel lugar quien nunca debió pisar suelo alcalareño.

La Cruz Blanca

La Cruz Blanca constituye sin duda un símbolo para Alcalá del Río. Sabemos que fue construida en el año 1579 porque así figura en una de las caras del pedestal sobre el que se alza, figurando en otra de las caras del pedestal el anagrama JHS, que ha sido siempre el escudo de la Cofradía del Dulce Nombre, junto con el ancla de la Esperanza. Sólo estos dos datos nos darían pie para investigar el motivo por el que fue levantada, ya que el año 1579 tiene una especial relevancia para la historia de nuestras cofradías.

Fue en este año en el que la Cofradía de la Vera Cruz obtuvo la concesión oficial del Priorato de Ermitas para residir en exclusiva en las dos capillas existentes en la ermita de San Gregorio, una llamada de la Santa Vera Cruz y la otra conocida como de Ntra. Sra. de la Antigua y Los Remedios. El anagrama de Jesús nos hace pensar que pudiera haber sido construida por los cofrades de la hermandad de los pescadores para hacer allí su estación del Vía Crucis, al igual que en Sevilla se hacía a la Cruz del Campo. Si la cofradía de Jesús hizo o no hizo su estación a esta cruz no lo sabemos a ciencia cierta por cuanto no tenemos noticias escritas de ello, pero sí las tenemos sobre procesiones del Vía Crucis a esta cruz aunque sin mencionar nombre alguno de cofradía, y valga de ejemplo la referencia de Fray Juan Alvarez de Sepúlveda en su Historia de la Virgen de Aguasantas.

Pero el asunto de la leyenda que te iba a contar no era asunto de cofradías, sino una historia mucho más reciente que sucedió en los primeros años de nuestro siglo una noche de difuntos y que me contaron personas que ya vivían en los momentos en que el relato sucedió.

***

En Galicia hay una creencia muy extendida y generalizada conocida como «La Santa Compaña». Ello consiste en que de noche, alrededor por lo general de alguna de las muchas cruces o cruceros que hay instalados por doquier en aquella región, aparecen procesiones de encapuchados con luces en las manos que anuncian la muerte de alguien y luego desaparecen. La creencia general es que se trata de apariciones de personas ya difuntas y así lo atestiguan quienes dicen haber llegado a verle la cara a algunos de los encapuchados.

Aunque dicho así más bien parece un cuento de brujas para asustar a los niños -cuando a los niños se les asustaba con estas cosas, que está muy mal hacerlo- lo cierto y verdad es que el tema lo hemos visto tratar y discutir en la propia televisión, en esos programas de misterio que ahora son tan frecuentes en todas las cadenas, en las que invitan a parapsicólogos, teólogos, sociólogos y todo tipo de científicos o paracientíficos.

Yo recuerdo que alguna vez me asustaron con la Santa Compaña que aparece en la Cruz Blanca, y entonces ni se sospechaba que pudiera haber un aparato llamado televisión, por lo que estoy seguro que la historia que te voy a contar la oí hace mucho tiempo y no es una invención mía ni lo he soñado después de haber visto un programa de éstos.

***

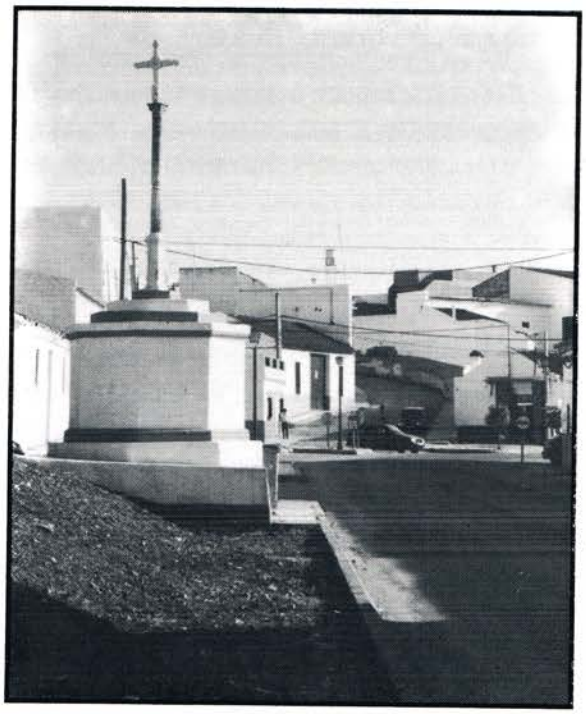
Nuestro relato se sitúa en una tarde de Todos los Santos. Hoy en día esta festividad la Iglesia nos la ofrece revestida de cierta alegría, por cuanto conmemoramos la glorificación de tantos y tantos como, sin ser reconocidos como tales, gozan de la misma gloria que los santos canonizados. En este día la misa se dice con vestidura blanca y la homilía suele ser alegre y llena de esperanza, en la que se nos hace caer en la cuenta de que muchos de esos santos cuya festividad conmemoramos, muy bien pueden ser nuestros más allegados familiares ya difuntos.

Pero en los años de nuestra niñez, la tarde de Todos los Santos, a pesar de ser una tarde de día de fiesta, en la que Enrique el Tuerto se ponía en la esquina de La Laguna con su puesto de castañas junto a Manolo el de los Dulces con su canasto de pasteles y caramelos, resultaba ser una tarde triste y tenebrosa. El ambiente lúgubre lo producía el triste tañer de las campanas de la torre, que desde las tres de la tarde, después del toque de vísperas, no cesaban de doblar toda la tarde y toda la noche hasta que comenzaban las misas por los difuntos al día siguiente.

Era costumbre en la mañana del día de Todos los Santos que los monaguillos y los niños que vivían por los alrededores de la iglesia salieran con grandes espuertas a pedir comida por las casas. En una le echaban granadas, en otra bellotas, en otra castañas y membrillos, en otra tortas... y así recogían, a modo de salario o de premio, las viandas con las que después se alimentarían toda la noche en el cuarto de las campanas de la torre mientas doblaban sin cesar toda la madrugada hasta la misa primera.

El toque grave y triste de nuestra campana «Gorda», contrapunteado con el toque de la «Menuda» invadía el Calvario y parecía extenderse por encima de los tejados de Alcalá como si al pueblo le echaran por encima «el paño de los muertos» que las cofradías suelen llevar extendido detrás del féretro en los entierros, cogido por cuatro personas por los cuatro picos, recordando los días en los que con él se iban pidiendo las limosnas para sufragar el entierro de sus cofrades.

Pero si ya la tarde de Todos los Santos era triste en los años de mi niñez, en los que al menos había luz eléctrica por las calles y hasta cine, cuanto más no lo sería en los primeros años del siglo, que es cuando dicen que sucedió el caso de esta leyenda.



LA CRUZ BLANCA.
Al pie de la carretera de la sierra y del cementerio nuevo.

***

Fue más o menos allá por el año 1905, famoso por su sequía, y en la noche que va del Día de Todos los Santos al Día de los Difuntos. Por Alcalá andaba entonces un gallego que dicen había venido de afilador, de latero o de soguero y que se había afincado en nuestro pueblo hacía varios años, cuando Reverte aún vivía.

Aunque al parecer no era su verdadero nombre, todos los alcalareños le conocían por Santiago el Gallego, habitual cliente de las tabernas que entonces había por el Calvario y por la Laguna, en las cuales solía dejarse buena parte de sus ganancias jugando a las cartas y bebiendo aguardiente. La noche de nuestra historia, un poco desapacible por la llovizna, y triste por el contínuo doblar de las campanas, no invitaba a salir a la calle y por ello las tabernas estaban casi vacías.

El gallego, al ver el poco ambiente de juego que había aquella noche, y molesto por el contínuo doble de nuestra «Gorda» y nuestra «Menúa», estaba contrariado y le dio por protestar por todo aquello. Hombre desarraigado y poco piadoso, no tardó en acusar a todos los alcalareños de ilusos al creer que había vida después de la muerte y en creer en todo eso de las misas por los difuntos, de la Iglesia, de los santos y de los toques de las campanas.

Conforme fue pasando la noche sin echar una sola carta, el efecto del aguardiente lo fue envalentonando y poniéndole cada vez más insolente e irreverente. Hasta el punto de que al tabernero no llegó a gustarle lo que en su taberna se estaba diciendo y trató de mandarlo a dormir a la posada, que es donde vivía.

Santiago, en lugar de obedecer, se puso aún más provocativo:

- Cuando te mueres, te mueres, y te comen los gusanos y aquí se acaba todo -decía con su acusado acento gallego-. En este pueblo sois todos unas viejiñas asustadizas que los curas os tienen atemorizados con los difuntos y el más allá. Ya bien pudiera morirme yo,

total, sin familia y sin nada que hacer en la vida... lo único que me queda es estorbar, trabajar, mal vivir y beber aguardiente.

- Santiago, -le decía el tabernero- ya está bien, hombre. No seas animal.

Y el gallego insistía cada vez más agresivo:

- Los santos, los curas, los difuntos, las misas... todo eso es mentira y yo me río de todo eso. Y no subo a la torre y corto la soga de la campana porque no me van a dejar entrar, que si no, ya llevarían un rato esas campanas calladas y mudiñas.

- Mira, Santiago, -le dijo el tabernero ya molesto y empujándole hacia la calle- Eres un animal que no respeta ni lo más sagrado y en mi casa no quiero gentes como tú. Vete a dormir a la posada y mañana te vienes a la iglesia a oír una misa por tus parientes, que seguro que a alguno le estará haciendo falta.

Aquello fue lo peor que el tabernero le pudo decir al gallego. Desde la puerta, se puso a insultarle a él y, por si era verdad que los difuntos existían, también insultó a sus muertos. Lo último que se le oyó decir fue:

- Y ahora voy a ir al cementerio, para que veáis que no creo en nada de esas cosas ni me da miedo esas cosas de viejas. Y si es verdad que existe otra vida después de la muerte, que alguno de los que hay allí me lo cuente.

Y, dando camballadas, tomó la plaza y la calle Merchante camino del cementerio nuevo, que se había inaugurado unos cuantos años antes.

***

Lo que pasó después se llegó a saber por boca del tabernero, a quien el gallego debió contarle en confianza lo sucedido pues, a pesar de todo, eran buenos amigos y el tabernero sentía una cierta simpatía por Santiago, como bien demostró más tarde.

Aquella noche de difuntos, el gallego bajó la cuesta de las Ventillas, que estaba totalmente a oscuras, con la intención de llegar hasta el cementerio y cumplir lo que había dicho en la puerta de la taberna. Y para que le creyeran, se iba a presentar antes del amanecer en la taberna con una lápida o alguna otra cosa que demostrara que había estado en el cementerio.

Apenas dobló la esquina de la Venta del Santo, percibió un resplandor de candela detrás de las chumberas que había después de la venta, separando el camino de Castilblanco del arroyo de las Caganchas. Al principio creyó que se trataba de alguna acampada de gitanos o de algún mendigo, que se estaba calentando junto a un fuego. Pero no llegó ni siquiera a la altura de la Cruz Blanca.

De entre las pencas comenzaron a salir encapuchados, con cirios en las manos, que se dirigieron hacia él. Al principio no supo si era fruto de su imaginación, si era real lo que estaba viviendo o si era alguna broma del tabernero. Pero cuando vio que aquella comitiva avanzaba sin que los pies de los encapuchados tocaran el suelo, el pobre gallego se

RETABLO DE LAS ANIMAS BENDITAS EN LA PLAZA DEL CALVARIO, devoción muy arraigada en Alcalá del Río en tiempos pasados.
(Procede del antiguo cementerio de San Sebastián)

percató que no era ninguna broma y que estaba ante algo extraordinario.

En la penumbra de los cirios, creyó ver la cara de su padre y de su tío Roque, ahogados en un naufragio frente a las costas de Finisterre. Otro de los encapuchados era su abuelo, que murió cuando él era un niño y al que recordaba vagamente.

Santiago miraba aquellos rostros con expresión indefinible, en los que se traslucía esperanza, tristeza, alegría y súplica todo al mismo tiempo. Y también miraba a la Cruz Blanca, a la que alcanzaban a iluminar los resplandores de los cirios, con la extraña particularidad de que cuanto más alto, más luz había, al contrario de lo que debía ser normal. Arriba del todo, Santiago cayó en la cuenta de algo en lo que nunca antes se había fijado: sobre la Cruz había un Cristo Crucificado.

En su espanto y terror, no hizo otra cosa que, mirando al Cristo, decir no sabía cuantas veces:

- Señor, Señor, Señor...

***

Al amanecer, una familia que tenía un huertecillo en el Cuarto del Arroyo y que en su carro venía a oír las misas del Día de los Difuntos, encontró a Santiago como dormido, empapado por la llovizna de la noche, y titiritando de frío junto a la Cruz Blanca, con síntomas de padecer una pulmonía.

Lo recogieron, lo subieron al carro y le preguntaron si quería que lo dejaran en la posada. Santiago, temblando de frío y tosiendo les pidió:

- Llevadme a misa, que luego yo me iré a la posada.

Ya en la iglesia, Santiago se fue como pudo hacia uno de los bancos del coro, en los que se encontró al tabernero, siendo entonces posiblemente cuando le contara lo sucedido. Luego sería el propio tabernero quien contaría a las gentes que Santiago, entre la primera y la segunda misa, hasta fue a confesarse y tomó la Comunión.

Después, el propio tabernero lo llevó a la posada, le acostó y llamó al médico para que le mandara algo para la gran pulmonía que había cogido.

Después de aquella mañana del día 2 de noviembre, todos los días salía de la taberna una cestita con el desayuno, el almuerzo y la cena para Santiago, hasta que una noche la taberna no abrió. Santiago había muerto aquel día a las tres de la tarde a causa de una neumonía. Por no tener familia, el tabernero lo veló toda la noche y al día siguiente costeó su entierro.

Por aquel entonces, los entierros eran distintos a como hoy se hacen. Entonces, el clero revestido de negro (el cura, el sochantre y los monaguillos con ciriales y la manguilla) se dirigían desde la iglesia hasta la casa del difunto. A la puerta de éste se cantaba el responso, se rociaba de agua bendita el ataúd y se iniciaba en procesión el traslado del cadáver hasta el cementerio con todo su acompañamiento. Había varias clases de entierros, según el donativo que se daba. En unos el clero despedía a la comitiva al final de la calle Real, en otros en la Cruz Blanca y en otros llegaba hasta el cementerio.

En el caso de Santiago, su buen amigo el tabernero costeó un entierro con acompañamiento de clero y manguilla hasta el propio cementerio. Pero al pasar junto a la Cruz Blanca, no pudo por menos de recordar todo lo que Santiago le había contado antes de morir, sentado en el banco del coro, y mirando hacia el Cristo pensó, a modo de oración por su amigo Santiago:

- Señor, ¡Qué grande es tu Poder y qué grande tu Misericordia!. Puesto que creyó en Ti y en tu Misericordia, dale el descanso eterno. Amén.

Para muchos alcalareños, la versión real de los hechos es que Santiago iba borracho y se echó a dormir a un lado del camino y allí cogió la pulmonía por el frío de la noche, hasta que lo encontraron los que venían del Cuarto del Arroyo. Para otros, la historia de la Santa Compaña pudo ser un delirio o un sueño del mismo Santiago o un invento del tabernero. Para ti no sé qué será. En todo caso, es sólo una leyenda de lo que poco te puedo asegurar si fue realmente cierto o no.

Pero con tal que cuando pases por la Cruz Blanca, acompañando el entierro de algún amigo, te acuerdes de este relato y le pidas al Cristo de la Cruz Blanca por su eterno descanso, como lo hizo el tabernero, ya habrá servido de mucho el haberlo escrito.

El fraile que enclavó al Cristo de la Vera Cruz

Muchas veces nos sorprendemos al comprobar que, después de casi quinientos años que llevan nuestras cofradías existiendo en Alcalá, con tantas gentes como habrán pasado por ellas y tantas cosas como habrán sucedido, que queden tan pocos papeles de ello y tan pocas noticias de estos sucesos. También es cierto que hay más papeles de los que nos creemos, pues seguro que en alguna casa, en algún baúl de trastos viejos, hay olvidado de sus propios tenedores algún que otro papel o libro manuscrito con interesantes datos inéditos y desconocidos hasta ahora.

Pero por suerte para nosotros, si bien hemos sido poco diligentes con la documentación, los libros y los archivos de las cofradías y hemos perdido cuanto ha caído en nuestras manos, por lo menos quedan los archivos parroquiales, el del arzobispado y otros muchos archivos más en los conventos y en los organismos civiles, como son los ayuntamientos, las universidades, los archivos de protocolos notariales, las cancillerías o el propio Archivo Histórico Nacional.

Gracias a estos otros archivos, a veces la casualidad nos lleva hasta un polvoriento legajo que lleva siglos sin ser abierto y allí, por una rocambolesca sucesión de relaciones casuales, nos encontramos con algo valiosísimo para nosotros, por cuanto lo que contienen aquellos amarillentos pergaminos no es ni más ni menos que la auténtica descripción de algo que sucedió en Alcalá del Río hace cientos de años y que, por no ser recordado de una generación a otra, cayó en el más absoluto olvido. Luego, una vez conocido el hecho gracias a esta casualidad, nos damos cuenta que a nuestro alrededor hemos tenido siempre, sin percatarnos de ello y sin darles la más mínima importancia, muchos de los objetos que intervinieron directamente en aquellos acontecimientos o los resultados del acontecimiento mismo.

En el almacén de la Hermandad de la Vera Cruz puedes contemplar en la pared una mediana cruz de madera, de traza cuadrada, dorada y policromada, que durante muchos años ha permanecido colocada al fondo del viejo almacén y que, si no ha sido destruida antes, es posible que haya sido porque, estando colgada en la pared, estorbaba poco. Es el mismo caso de una antigua Cruz de Guía que posee la hermandad de Jesús, igual que la que tiene el Gran Poder y que le hizo Ruiz Gijón, autor posible también de la nuestra y que no ha sido quemada de milagro. Por otro lado, en la capilla de la Vera-Cruz, colocado en la pared que hace de medianera con la capilla colindante de la Soledad, podrás contemplar un magnífico cuadro de la Virgen de Guadalupe en el que se puede leer al pie una dedicatoria: «A devoción del capellán Fr. Juan de Reina. Año de 1718».

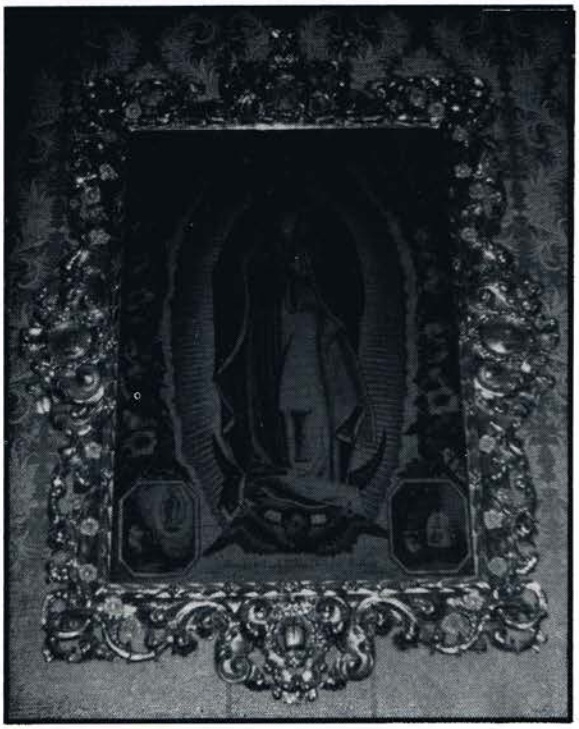
¿Sabría alguien explicarme cuál es el origen o procedencia de cualquiera de estos objetos? ¿Sabe alguien cuál fue su historia o por qué están donde hoy los podemos aún contemplar?. Seguro que no. Así que estamos continuamente viendo algo desde que tenemos uso de razón hasta que nos morimos de viejos, algo que está sobre la pared como un testigo mudo del pasado y qué pocas cosas conocemos de ellos.

Pero a veces sucede que algún investigador que anda buscando en los archivos más insospechados algo sobre un trabajo que está realizando, se encuentra con un legajo que, por cualquier causa, le llama la atención, se interesa por él y descubre que habla de algún suceso acaecido en cierto pueblo del que ha oído hablar y por eso se detiene a ojearlo. Al cabo del tiempo, esto se refiere en algún sitio y termina llegando a nosotros, aunque sin detalle de las fuentes.

Detalle de la mano derecha del Stmo. Cristo de la Vera-Cruz

Así son las cosas y así muy bien pudo suceder lo que seguidamente te voy a contar. Yo no podría asegurar que se trata de una historia real, porque ni yo he visto los documentos ni tampoco podría decirte donde están ni quién fue quien los encontró porque no fue a mí a quien se hizo esta confidencia. Por eso lo trato como leyenda, una leyenda de algo que muy bien pudo haber ocurrido en Alcalá del Río y en las lejanas tierras americanas mucho antes de que nacieran tus tatarabuelos y que alguien dejó escrito en algún archivo de algún convento franciscano de alguna ciudad de España o de México y que, por casualidad, alguien me comentó.

Es evidente que la antigua cruz que vemos en las viejas fotografías del Cristo de la Vera Cruz no es la cruz originaria que tuvo cuando el escultor Roque de Balduque lo talló, allá por el año 1.560. En estas fechas, a cuyo estilo responde indudablemente la talla del Crucificado, el estilo de las cruces era totalmente distinto al que tienen ahora. Aún quedaba en el arte sacro algunas reminiscencias del estilo gótico y este estilo responde al de las cruces planas, cuadradas, doradas y profusamente policromadas, sobre las que el Crucificado se «pegaba» materialmente a ellas y por eso las espaldas de la imagen solían ser más bien planas, con poco detalle anatómico de los huesos y los músculos, por cuanto la cruz iba a ocultar toda la parte dorsal del cuerpo de la imagen, como podemos comprobar en una talla que tenemos de la misma época y escultor en el propio Alcalá, como es el Cristo del Buen Fin, además del de la Vera Cruz. Es más, cuando el escultor quería dar más dramatismo a la escena, influenciado ya quizás por el incipiente barroco, entonces la cruz era totalmente tosca y rudimentaria, como si estuviese hecha de troncos de palmeras, como también podemos comprobar en el Cristo del Millón que se encuentra en lo alto del altar mayor de la catedral de Sevilla o en el Cristo de San Pedro de Sanlúcar la Mayor.



CUADRO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE EN LA CAPILLA DE LA VERA CRUZ.
Al pie, debajo del ángel, puede leerse la dedicatoria y el año.

Pues bien, no cabe duda de que la extraña cruz cuadrada y dorada que siempre ha estado arrumbada en el viejo almacén de la hermandad y que ahora está en la pared de la sala donde están los pasos, no es otra que la primitiva cruz con la que el Cristo de la Vera Cruz salió por primera vez a la calle. Esto lo podemos asegurar no sólo por el perfecto encaje de su estilo, sino porque los orificios de los clavos coinciden perfectamente con las dimensiones de la imagen.

Y prosigo con mi relato. Debió de ser a mediados del siglo XVII, hacia el año 1650. La moda impuesta por los escultores Martínez Montañés y Juan de Mesa, con tallas perfectamente realistas, con crucificados tallados minuciosamente hasta el más mínimo detalle anatómico y cruces redondas y arbóreas se apoderó de los gustos y preferencias del público y en muchos lugares, como ocurrió en nuestro pueblo, los cofrades decidieron cambiar la cruz que tenía su imagen titular por otra más acorde con el nuevo estilo. También hay que anotar que las antiguas imágenes de crucificados estaban pensadas para salir en procesión en brazos de una persona, ayudada en todo caso por otras dos a los lados con unas horquillas y por eso eran tallas pequeñas, ligeras y sus cruces no necesitaban de un vástago para ser hincadas en un monte. Ya las nuevas imágenes, por el contrario, se tallaron para salir en procesión colocadas sobre una pequeña tarima o parihuela, origen del paso, y ya por eso eran de tamaño natural y la cruz prolongada para ser sujetada en el hoyo del simulado Monte Calvario.

Por estos años, la Semana Santa y las cofradías eran muy distintas a como son ahora, como es lógico. Mientras que de la cofradía por la noche hay abundantes datos históricos, de la misma durante el día apenas

encontramos noticia alguna. A la vista de lo que debieron ser las primitivas Reglas de la Hermandad de la Vera Cruz, copiadas de las de Sevilla, ello es perfectamente explicable. Estas hermandades tenían establecida su procesión de penitentes y disciplinantes en la tarde noche del Jueves Santo, de forma que salían hacia las diez de la noche para recogerse alrededor de la una de la madrugada, ya dentro del Viernes Santo, y así ganar todas las numerosas indulgencias y privilegios de que disfrutaban. Por esta razón, la cofradía, de bajada a la parroquia, debía ser más un simple traslado que una cofradía propiamente dicha, y es muy posible que se celebrara incluso por la mañana, después de los oficios, o al menos al medio día o primera hora de la tarde.

Por la noche, antes de salir la cofradía de la parroquia hacia la capilla de San Gregorio, con sus disciplinantes cargados de cadenas y cruces, azotándose las espaldas con manojos de cuerdas a las que se les añadían bolas de cera con cristales para hacerse más daño, un franciscano se subía al púlpito, según establecían las Reglas, y les predicaba el Sermón. Luego, tras dar la absolución a todos los nazarenos, les imponía como penitencia el salir a la calle en cofradía y así lo hacían, llevando tras de sí al Cristo portado en brazos por un clérigo entre hachas de cera encendidas y dos trompetas grandes tocando roncos clamores.

Por aquel entonces, vivía en Alcalá un muchacho llamado Juan, un poco alocado, juerguista y poco amigo de iglesias y de santos, aunque de buen corazón en el fondo. Solía trabajar de oficial con uno de los carpinteros del pueblo. Una noche del Jueves Santo, más por diversión que por devoción, se coló en el Sermón con sus amiguetes, sirviéndoles de chusma todo lo que el predicador decía. Como tantas veces hemos oído nosotros mismos en otros tantos sermones, el predicador centró su sermón en decir que, aunque los judíos crucificaron a Cristo hacía cientos de años, nosotros seguimos crucificándolo cada día por nuestros pecados, pues estamos con ellos haciendo necesaria día a día nuestra Redención.

Aquel sermón, le sirvió al carpintero y sus amigotes de chusma y broma toda la noche hasta que, cansados y soñolientos, medio borrachos, se fueron a dormir al tiempo que otros se levantaban para ir al Sermón de la Sentencia, de la Hermandad de Jesús.

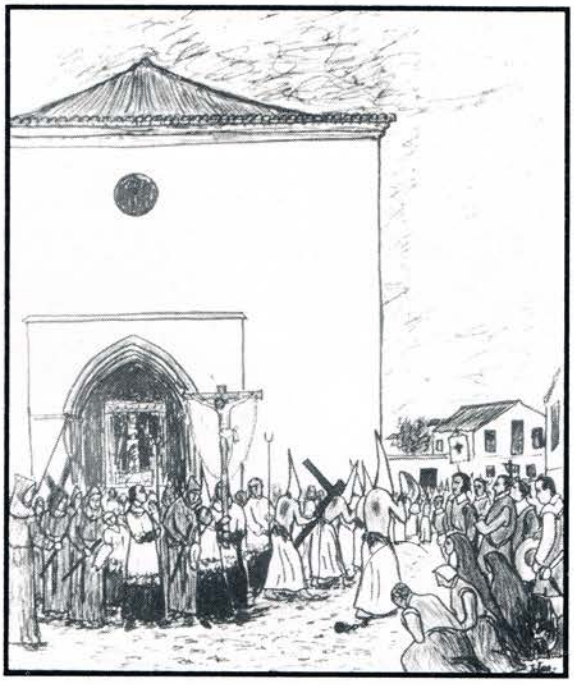
***

Fue a los pocos días de aquel Jueves Santo cuando la hermandad decidió encargar una nueva cruz para el Cristo y sustituir la cruz dorada por otra negra, redonda y arbórea.

El día que la nueva cruz estuvo terminada, el prioste de la hermandad estaba solo en la capilla de San Gregorio para desenclavar la imagen de la vieja cruz y colocarla en la nueva. Aunque la operación no era excesivamente complicada, el temor de causar algún daño a la imagen le hizo desistir de hacerla solo y salió a la calle a buscar a alguien que le ayudara. Fue entonces cuando se dio de cara con Juan el carpintero, que casualmente pasaba por la plazuela. Al principio, este se negó a entrar en la ermita, y menos para andar con cosas de santos, pero la insistencia del prioste, pariente suyo, consiguió convencerle para que le echara una mano.

La cruz nueva estaba tendida en el suelo y el Cristo había sido ya desenclavado por el prioste de la vieja cruz. Sólo quedaba colocarlo sobre la nueva y fijar los clavos. Tras situarlo en el sitio donde debía quedar, el prioste colocaría el clavo de la mano izquierda y el carpintero el de la derecha, a través de los agujeros que ya estaban medidos y taladrados en la cruz.

El Cristo tiene la mano semicerrada, con tan sólo dos dedos extendidos, lo cual entorpecía ligeramente el trabajo y había que ir con cuidado de no dañarle algún



Nuestra Semana Santa en el siglo XVI.
(Dibujo inspirado en un cuadro de Turina.)

dedo con el martillo. Fue entonces, cuando el carpintero iba a introducir el clavo a través de la llaga de la mano del Cristo, cuando la mano de la imagen, que estaba semicerrada, se abrió totalmente como para facilitarle la introducción del clavo y llegar al orificio de la madera. El escalofrío que recorrió todo el cuerpo del carpintero, que inmediatamente recordó el sermón del pasado Jueves Santo, y lo que pasó por su mente en aquel momento sólo él y el Cristo de la Vera Cruz lo saben, pero Juan el carpintero, como San Pablo, quedó marcado para siempre por aquel milagroso suceso. Por un momento, con un clavo en una mano y el martillo en otra, se había visto haciendo exactamente lo mismo que cientos de años antes hiciera alguien sobre el Monte Calvario, mientras que Cristo abría su mano para que fuera traspasada.

***

Al día siguiente, sin dar más explicaciones a nadie y ante el asombro y extrañeza de su escasa familia, tan sólo una tía, hermana de su padre con la que vivía, se despidió de todos y se marchó a Sevilla sólo con lo puesto.

EL CRISTO DE LA VERA-CRUZ.
Posiblemente, sobre la misma cruz donde lo colocara Fray Juan.

Aquí se le perdió la pista a Juan el carpintero y ya nunca se supo de él en Alcalá del Río, salvo la llegada de un cuadro al cabo de los años, cuando nadie se acordaba de aquel mozalbete oficial de carpintero ni vivía ya su tía para recordarlo. Quizás haya sido ésta la causa por la que nunca se ha referido este milagro entre las gentes de Alcalá.

***

Luego, mucho más tarde, y gracias a unos viejos legajos aparecidos en no sé qué convento franciscano de no sé que sitio y encontrados por alguien que ni conozco ni sé su nombre, sabemos que un tal Juan Carpintero, natural y vecino de la villa de Alcalá del Río, del Arzobispado de Sevilla, ingresó como hermano lego en el convento Casa Grande de San Francisco de Sevilla. Según estos legajos, apenas superado su noviciado, Fray Juan viajó al lejano México, donde en una perdida misión realizó una gran labor catequética y caritativa entre aquellos indios, con quienes llegó a organizar una cofradía de la Vera Cruz, que salía cada Jueves Santo por la noche después de que el propio Fray Juan les predicara el sermón y que casi siempre trataba de aquello de que los judíos crucificaron a Cristo, pero nosotros seguimos crucificándolo cada día por causa de nuestros pecados...

Fray Juan, vivió y murió como un santo en aquella misión de Nueva España, aunque siempre tuvo en su memoria y en su corazón a su Cristo de la Vera Cruz junto a la Madre que después había encontrado en aquellas lejanas e inhóspitas tierras bajo la advocación de Virgen de Guadalupe.

Con el tiempo, uno de los frailes de la orden, compañero durante mucho tiempo de Fray Juan en la misión en México, retornó a España y anduvo de capellán por algunos lugares... Posiblemente fuera este otro fraile quien dejara esta historia escrita en algún archivo de algún convento franciscano y también quien, recordando todo ello y en memoria de su hermano de religión, un día de 1.718 apareció por Alcalá con un enorme cuadro de la Virgen de Guadalupe y, tras rezar ante el Cristo de la Vera Cruz, lo dejó en la capilla para que ahora, tú y yo, y luego tus hijos y los míos, y después mis nietos y tus nietos, recordando esta historia del fraile que enclavó al Cristo de la Vera Cruz, recordemos que nosotros también lo crucificamos cada día.

San Gregorio, testigo presencial

La calle Real de Castilla es amplia y espaciosa, aunque al llegar a su último tramo según se baja por ella, a partir de la desembocadura de la calle Manuel Zambrano, se estrecha sensiblemente. Esto hace que la casa que hace esquina a las dos calles, donde se encuentra actualmente la tienda de Rafael Saldaña, presente dos fachadas a la misma calle al constituir un saliente: una fachada se la da de cara quien viene bajando por la acera izquierda y la otra fachada es la que sigue el hilo de dicha acera calle abajo.

Hasta el año 1963, antes que Saldaña la derribara para construir la nueva, donde tiene su tienda, esta casa era baja y de gruesos y encalados muros de tierra, puertas pequeñas y minúsculos ventanucos, como otras muchas casas existentes entonces en Alcalá del Río. Pero tenía una cosa muy particular; en la fachada que da hacia arriba de la calle Real de Castilla existía una reducida hornacina con una pequeña imagen de San Gregorio de Osseth, similar a la que aún hoy podemos contemplar también en la misma calle Real, más arriba.

Como tantas veces ocurre, por desgracia, con aquella reconstrucción desapareció la hornacina y ahora no sabemos dónde fue a parar aquella imagen, que por cierto tenía su leyenda.

Por el tiempo que hace que oí algo sobre ella, y porque no he visto nada escrito sobre el tema, poco podría asegurar sobre lo mucho o poco que tiene de historia auténtica o si lo que recuerdo es tal como me lo contaron, pues muy niño era cuando oí el relato. Pero no por eso voy a dejar de contártelo.

***

Era una noche de verano. El tramo de la calle Real, donde yo vivía, entre las calles Coronel García Baquero y Manuel Zambrano, se llenaba de pequeños grupos de personas sentadas al fresco en las puertas de las casas en amigable y amena conversación. La calle estaba siempre en penumbra, pues no había más luces que una bombilla en la esquina de Juan Reyes -reforzada por la de la taberna de Manolito Díaz-, otra hacia la mitad del tramo de la calle, siempre rodeada de lagartijas, entre las casas de los Majúa y de los Parias (que así le llamaban a la de Carmen Vázquez que luego compró la Hermandad de la Vera Cruz para su Fundación) y otra frente a la esquina de la calle Manuel Zambrano, en la puerta de la panadería de Severo.

Aquella noche de la que te hablo hubo un apagón general en la calle por una avería en la instalación eléctrica, cosa muy frecuente entonces debido a lo deficiente de éstas. Hasta que vino "El Guerra" a arreglarla al cabo de una hora, la calle estuvo totalmente a oscuras, lo que nos permitió contemplar con toda su esplendidez el "Camino de Santiago" sobre un cielo estrellado que ya, en estos tiempos, difícilmente podemos contemplar debido a la contaminación luminosa que tienen nuestras noches y a la polución atmosférica. Por alguna razón, la bombillita que iluminaba la hornacina de San Gregorio, en la esquina de Saldaña, se libró de la avería y era el único punto de luz que podíamos divisar en la calle. Las gentes siguieron hablando de sus cosas en las tertulias de las puertas, aunque sin verse las caras, y la hornacina iluminada atrajo la atención de alguien y fue el motivo para que comenzara el comentario y el relato de la leyenda que te voy a contar.

***

Debió de ser hacia el año 1790, porque hacía poco que había muerto el Padre Merchante y los franceses aún no habían invadido España con la Guerra de la Independencia. Eran años revueltos. En Francia, la Revolución había acabado con el Rey Luis XVI y con la Reina María Antonieta, a quienes las masas habían decapitado en la guillotina. En Alcalá las cosas no estaban tan mal, pero pasaban por aquí infinidad de bandoleros, ladrones y pícaros, que tenían inquietos a todo el vecindario. Entre los alcalareños también había continuas disputas, peleas y enemistades, lo que hicieron necesarias varias misiones por aquellos años para corregir en lo posible el ambiente que se vivía.

En no sé qué casa de la calle Manuel Zambrano, calle que en otros tiempos tuvo nombres de calle de San Gregorio y de Santa María, vivía Juan el Molinero, conocido así porque de siempre tuvo la concesión de un

molino en la Ribera de Huelva. Juan, de edad ya madura, era hombre formal, serio en sus cosas, bonachón, trabajador, de buen humor y gran devoto de su patrón San Gregorio, como tantos y tantos había entonces en Alcalá. El solía salir los lunes de madrugada para el molino y volvía los sábados ya anochecido.

Como era lógico y a todos les pasaba, cada vez que a lomos de su mulo hacía el camino a la Ribera, a lo largo del Camino de los Molinos que es así como se llamaba lo que hoy es la carretera del Arroyo de las Chozas y de San Ignacio, lo hacía con gran temor de verse asaltado: el dinero de la molienda de la semana que traía o la comida que llevaba los lunes, bien pudiera ser motivo de codicia para alguno de los muchos ladrones que visitaban el pueblo.

Cierto día, un panadero de Santiponce que se llamaba Sebastián Illescas y que solía ir por el molino para comprar harina, hablando de su familia, le refirió que su hijo, llamado también Sebastián Illescas, era escultor y hacía trabajos de talla y escultura con gran primor y maestría. Fue entonces cuando a Juan el Molinero se le ocurrió encargarle una estatuilla de San Gregorio para ponerla en la fachada de su casa y así encomendarse al Patrón cada vez que salía y darle gracias al volver sin percance alguno.

HORNACINA CON SAN GREGORIO DE OSSETH EN LA CALLE REAL DE CASTILLA. Muy similar a la que hubo calle abajo, y que es objeto de este relato.

Comentó en su casa el encargo y pronto todos los vecinos celebraron la idea, si bien le sugirieron que su calle era estrecha y poco transitada y que mejor sería poner la hornacina en la esquina, en la entrada de la calle, mirando hacia arriba de la calle Real, porque así la verían más gentes. Pareció buena esta idea y así fue como se señaló el lugar definitivo de la hornacina, que no tardó en quedar hecha gracias a la colaboración espontánea de un albañil que vivía en la casa de al lado.

Un día del mes de agosto, Sebastián Illescas se presentó en el molino con un estuche de madera conteniendo en su interior la estatuilla de San Gregorio. Juan se emocionó al verla, besó la pequeña mano del Santo y dijo:

- San Gregorio bendito, que a ninguno de tus paisanos nos pase nunca nada por estos caminos y, si nos tiene que pasar, que nos coja siempre preparados para ir contigo.

Seguidamente, y con gran cuidado, la guardó hasta el sábado, en que la traería a Alcalá él personalmente. No obstante, se la enseñaba a todo el que pasaba por el molino y al primero que volvió a Alcalá le encargó que hablara con el cura y con el alcalde para que prepararan el domingo por la mañana, en la misa mayor, la bendición de la imagen y su colocación en la hornacina.

Por fin llegó la esperada tarde del sábado y Juan el Molinero cerró el molino, preparó su mulo, se guardó el dinero de la semana en la faja y, tomando con veneración el estuche con San Gregorio, como si llevara en sus manos la custodia con el Santísimo, abrazado a ella, emprendió el camino de vuelta para Alcalá, donde todos los vecinos le esperaban con impaciencia por conocer la imagen que había encargado el buen molinero.

Lo que Juan sentiría llevando en sus brazos a su Patrón sólo él y San Gregorio lo saben. Lo que sí se supo después es que, aquella misma mañana había estado en el molino el cura de Guillena, que iba de vez en cuando porque Juan solía darle un saco de harina para sus pobres y que esta vez, después de pedirle que le escuchara en confesión, le regaló tres sacos por estar allí San Gregorio. Cuentan que Juan, en tono de broma, le dijo al cura:

"Aquí tiene Vd. un saco que yo le doy y dos sacos que le da San Gregorio, porque es más generoso que yo".

Aquella tarde, no habría llegado el molinero al arroyo de las Chozas cuando su casa estaba ya llena de vecinos y curiosos esperándole impacientes. Pero Juan no llegó en toda la noche, lo que extrañó a todos dado que Juan era hombre formal y de palabra, máxime cuando para el día siguiente estaba todo preparado para bendecir la imagen. A eso de las dos de la madrugada, viendo su familia y sus vecinos que no llegaba, se temieron lo peor y salieron en su búsqueda.

Al llegar a la Novillada divisaron el mulo detrás de unas adelfas. Al llegar allí, encontraron a Juan muerto y semioculto entre las adelfas, tendido en el suelo, con la cabeza destrozada por un golpe en la nuca, la faja desenrollada como de haber sido robado y abrazado a su estuche con San Gregorio, el cual estaba abierto, como mirándose uno al otro.

Lo que pasó después no creo necesario contarlo. La indignación del pueblo entero, el pesar de todos los alcalareños pues Juan era hombre querido y respetado por todos, los comentarios y sospechas y las especulaciones sobre quien pudo haber sido fue el tema de conversación de todos.

Lógicamente, la bendición prevista para la mañana siguiente se suspendió y en su lugar, la misa de aquel domingo fue un auténtico funeral por Juan el Molinero, con la asistencia de todo el pueblo.

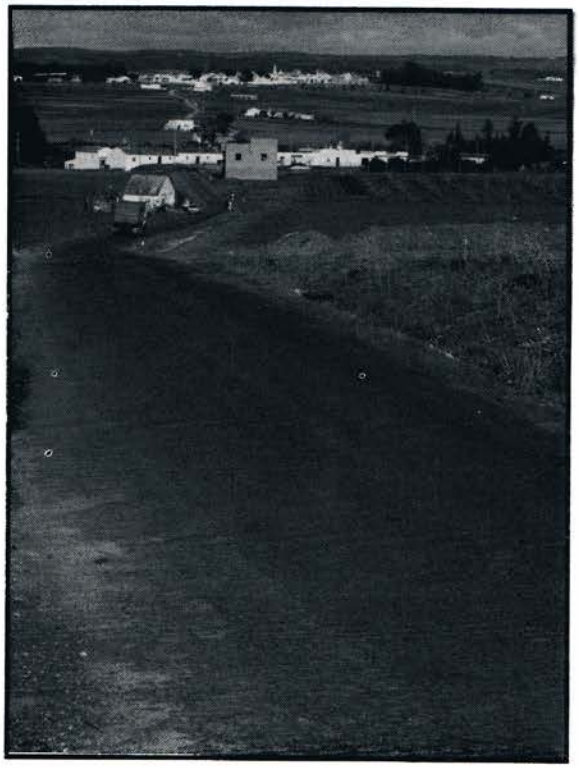
Cuando las gentes salieron de la iglesia por todo Alcalá corría ya la voz que los alguaciles habían detenido como sospechoso al "Berrugo", un corredor y tratante de ganados de muy mala fama, peleón, bebedor y de mal carácter que solía aparecer por Alcalá por temporadas cuando en su pueblo, un pueblo de la sierra de Aracena, tenía poco negocio.

***

El lunes por la mañana llegó el enviado de la Audiencia para abrir las investigaciones e interrogar al sospechoso. En uno de los cuartos del Ayuntamiento se encerraron con el "Berrugo" el alcalde, el juez instructor y dos alguaciles. Sobre la mesa de al lado, como posibles pruebas, un garrote ensangrentado que se encontró junto al cuerpo de Juan y el estuche abierto conteniendo la imagen de San Gregorio.

Las sospechas habían recaído sobre el "Berrugo" además de por su mala fama, por habérsele visto llegar a Alcalá el mismo sábado por la noche, la cual la pasó por las tabernas bebiendo, de mal humor, queriendo convidar a todo el mundo y pretendiendo sentarse en todas las mesas en las que se jugaba a las cartas, alardeando de tener dinero para jugar, más de lo que todos sabían que solía manejar.

En el interrogatorio, el "Berrugo" se declaró inocente y alegó que llegó el sábado por la noche por el camino de Castilblanco, que se paró en las ventillas a eso de las diez a tomar un vaso de vino y que de allí se



CARRETERA DE SAN IGNACIO DEL VIAR. Antiguo Camino de los Molinos, llamado así por ser el camino natural para ir a la Ribera de Cala, donde se hallaban numerosos molinos para molienda de las cosechas de trigo de Alcalá del Río.
La Parroquia alcalareña llegó a tener en propiedad uno de estos molinos, con cuyas rentas sostenía su mantenimiento.

fue a dejar la yegua en la posada y después a tomar unos vasos de vino a la taberna del Calvario, que el dinero que traía era porque había cobrado la comisión de la venta de unos cochinos en Castilblanco y que él nada sabía del asunto.

Efectivamente, hubo testigos que afirmaron haberle visto entrar en la ventilla de la Cruz Blanca a eso de la diez, aunque no podían precisar de qué camino venía cuando entró.

A pesar de la falta de pruebas y de su coartada, aunque poco consistente, el juez mandó que lo encarcelaran hasta hacer más averiguaciones, sobre todo en Castilblanco.

Fue entonces cuando el "Berrugo" comenzó a protestar, diciendo que se tenía que ir para la sierra aquel mismo día y que, si no había pruebas ni testigos que pudieran acusarlo, por qué lo retenían.

Mientras el "Berrugo" decía ésto, el alcalde, mirando fijamente al estuche con la pequeña estatuilla, vino a decir:

- Tenemos un testigo que lo vio todo -y señaló a San Gregorio- y estoy seguro que él lo va a aclarar.

Fue entonces cuando el "Berrugo", hombre habituado a los tratos y rápido de reflejos, dio un respiro y creyó encontrar su salida:

- Puesto que éste fue testigo de todo, que diga si fui yo o no fui, y si no me acusa, dejadme ir.

El alcalde se puso tan furioso que si el juez no lo detiene le da un bofetón, y le contestó a voces:

- ¡Animal!. ¡Irreverente!. Si el Santo no tiene lengua, ¿Cómo va a hablar?.

- Lengua no tendrá -replicó el sospechoso cada vez más seguro de salirse con la suya, y añadió -Pero si tiene papel y pluma. Que lo escriba entonces. Que escriba SI o NO, si yo soy culpable o no lo soy.

Instintivamente miraron todos al Santo y luego se miraron unos a otros como diciendo ¿qué hacemos con éste granuja?. Todos menos uno, el alguacil que estaba más próximo a la mesa donde estaba la imagen de San Gregorio, el cual estaba pálido, tambaleante y señalando a la imagen sin poder articular palabra. Todos miraron hacia donde el dedo del alguacil señalaba y repararon en algo que antes nadie se había fijado. En el diminuto libro que San Gregorio tenía abierto en sus manos había una letra en cada hoja. Una "S" y una "I". Era un "SI" claro e indiscutible.

Seguidamente, todas las miradas, acusadoras pero mudas, se posaron en los ojos del sospechoso, el cual se vino abajo y terminó confesándolo todo y declarándose culpable.

La casualidad de que el escultor no hubiese encontrado otro sitio más que el minúsculo librito donde colocar su firma, las iniciales "S" "I" de su nombre, Sebastián Illescas, vino a ser la clave de la que Dios se valió para hacer hablar a San Gregorio.

Durante toda aquella semana no hubo otro comentario en el pueblo, como es de imaginar, bendiciéndose la imagen en la primera tarde de la novena del Santo. Según cuentan, el predicador explicó en el sermón cómo nunca se debe tentar a Dios, como lo hizo el "Berrugo". También dijo en su predicación que las imágenes no son más que eso, imágenes que sólo representan a Dios, a la Virgen o a los Santos y por tanto ni hablan ni escriben, pero que para Dios nada hay imposible y si le tentamos, si le ponemos a prueba, si lo ponemos por testigo, El, que puede hacer hablar a las piedras, también puede hacer hablar a las imágenes, aunque sea valiéndose de una casualidad explicable, como sucedió en este caso.

***

Esta más o menos fue la historia. De toda esta historia, apenas quedan en algunos sitios de la Ribera algunos restos de viejos molinos y de la estatuilla de San Gregorio, si está en alguna parte, es posible que el tiempo haya borrado ya el "SI" con el que puso su firma su autor. En cualquier caso, aunque nada quede de ello o nada de lo narrado haya quedado escrito para su verificación, lo que si sigue siendo cierto y verdad, sin lugar a dudas, es lo que dicen que dijo el predicador en aquella tarde de la novena del patrón de Alcalá del Río.

El acueducto de "Ál-Qalat Ragwal"

Alcalá del Río no sólo fue una importante fortaleza y puerto fluvial de primer orden con moneda propia en la época romana, como bien atestiguan los numerosos restos arqueológicos aparecidos -templos, mosaicos de mansiones señoriales, estelas funerarias, etc.- que muestran la riqueza e importancia de la ciudad de Ilipa Magna. También en la época musulmana la fortaleza y el puerto de Alcalá del Río, entonces con el nombre árabe de "al-Qalát Ragwal" brilló por su magnificiencia política y administrativa.

La fortaleza de Ragwal constituía la capital del iqlim de la ribera, especie de partido judicial del reino de Sevilla. Sus fuertes murallas y torreones, flanqueados al sur y al norte por sendos castillos o alcázares, le conferían una seguridad inexpugnable. El río le ofrecía una buena vía de comunicación rápida con Sevilla, al tiempo que refrescaba sus aires en el caluroso verano y le suministraba abundante pesca durante todo el año. Y para que nada faltase, los campos que lo rodeaban daban en abundancia todo tipo de frutales, cereales, hortalizas y flores, constituyendo sus huertas auténticos paraísos donde crecían al mismo tiempo las plantas autóctonas con las traídas desde el oriente, de las vegas de Bagdad, de los montes del Líbano o de las orillas del Nilo.

Como baluarte defensor de Isbiliia, nombre árabe del que luego derivaría el de Sevilla, gozaba de inmejorable posición estratégica. Desde lo alto de sus murallas se divisaba toda la vega del Guad-el-Quevir hasta la propia Isbiliia, pudiéndose alcanzar con la vista hasta la ciudad de Carmuna, que llegaría un día a convertirse en reino independiente del de Corduba y del de Isbiliia.

Ante estas privilegiadas circunstancias, ser nombrado para el cargo de "caid" o alcaide de la fortaleza de Ragwal suponía casi tanto como ser elegido rey de un pequeño reino instalado en mitad del paraíso. Además, al igual que sucediese siglos antes durante las guerras civiles entre César y Pompeyo, en estos tiempos, con frecuentes disputas entre los reyes de Corduba, Carmuna e Isbiliia, durante las cuales contar con la posibilidad de que te abriesen las puertas de Ragwal y poder refugiarse entre sus murallas era una eventualidad importante a tener en cuenta y motivo más que suficiente para tener siempre contento a su caid..

Y como correspondía a una ciudad de su importancia, Ragwal llegó a tener también su agua corriente en sus calles, traída desde la sierra, a través de la "Fuente Quebrada" por medio de un acueducto que, entrando por el barrio de la Oveja, desaguaba en la plaza.

Aún hoy se pueden encontrar restos de este acueducto cerca de la carretera de Burguillos y en los escritos del Padre Marcos García Merchante se cuenta que en aquel tiempo aún quedaba en pie buena parte de este acueducto y que el pilón donde desaguaba en la plaza fue destruido no mucho tiempo antes de que el Padre Merchante escribiera sus Noticias, con el objeto de despejar la plaza para poder celebrar en ella las corridas de toros. Como memoria de este acueducto, aún nos queda en Alcalá del Río una calle con este nombre en el lugar por el que discurría el agua que transportaba desde la sierra.

Hasta aquí son datos históricos que pueden verificarse en cualquier escrito sobre esta época. Lo que no hemos encontrado ninguna noticia es de cuando, cómo y por quién se construyó este acueducto. No obstante, la tradición popular y la leyenda nos ha traído hasta nuestros días unos relatos que dan respuesta a estas preguntas, aunque no siempre coincidentes.

La última versión que escuché es que el acueducto se levantó en una sola noche y que el alarife que lo consiguió exigió casarse con la hija del caid, que había prometido dar la recompensa que le pidieran. Y como el caid se viese obligado a cumplir lo prometido, a su pesar, entregó su hija pero los desterró a vivir en la Fuente de la Mora, de donde partía el agua, y de ahí el nombre de la fuente.

En mi opinión, en este relato se mezclan dos historias diferentes -aunque con cierta relación entre sí- al tiempo que se exagera la realidad. De haberse levantado un acueducto de varios kilómetros en una sola noche, el hecho hubiere sido tan extraordinario y milagroso que por fuerza hubiese sido recogido por todos los historiadores y hoy lo conoceríamos perfectamente a través de la documentación histórica. Por otra parte, la Fuente de la Mora está por debajo del nivel de Alcalá del Río y, por tanto, con la tecnología disponible en aquel tiempo, resultaba imposible traer el agua de la vega hasta el pueblo.

La otra versión de que dispongo parece más verosímil y probable, aunque no deja de ser una leyenda, sin ninguna base documental que la avale. No obstante, te la voy a contar y si algún día llegamos a descubrir la verdadera historia, bueno sería cotejarla con esta narración y comprobar lo mucho o lo poco que la memoria de nuestros antepasados consiguió transmitir hasta nosotros.

***

Según parece, la propiedad de los vasos comunicantes era desconocida por los romanos y por ello necesitaban de grandes obras, como el acueducto de Segovia, para transportar el agua de un lugar a otro. No conociendo el efecto "sifón" de las cañerías cubiertas, los romanos creían que para transportar el agua ésta había de seguir siempre un camino descendente, sin posibilidad de ascensión, y de ahí sus puentes o acueductos para salvar los desniveles. Fueron los árabes quienes por fin descubrieron estas propiedades de los vasos comunicantes y aplicando su efecto "sifón", pudieron hacer bajar y luego subir el agua a través de canalizaciones cubiertas, lo que facilitó extraordinariamente las conducciones y la creación de surtidores, alcanzándose la más completa creación de estos tiempos en la Alhambra de Granada.

Pero al principio, durante el siglo X, esta técnica no estaba aún muy extendida ni estaba suficientemente perfeccionada, por lo que muy bien podría ser desconocida aún para naciones enteras.

Concretamente, el caid de Ragwal no había visto nunca nada semejante ni tenía la más remota idea de ello, a pesar de que una de sus obsesiones era tener siempre lleno el estanque de su palacete en el Alcázar alcalareño.

Callejón del Alcázar

Y bien que lo sufrieron los pobres alcalareños cuando llegaba el verano. El caid exigía que el estanque estuviese siempre lleno de agua limpia y fresca, y ésto no se conseguía sino a fuerza de bajar al río con pipas y cubos todo el día por una cuadrilla de servidores.

Cuando llegaban las calores, una cuadrilla de servidores, generalmente cristianos, que eran los más explotados, se pasaban el día y parte de la noche acarreando agua desde el río al Alcázar, subiendo y bajando por el paso de las cárceles, que no era otro que la actual escalerilla del Alcázar, que baja hasta la plazuela del Arenal, donde la muralla tenía un postigo para uso exclusivo del caid y su residencia.

Pero a pesar del esfuerzo, que costó la vida a más de uno de aquellos pobres mozárabes, los deseos del caid nunca estuvieron plenamente satisfechos por cuanto el agua volcada días antes empezaba a ponerse verde cuando el estanque alcanzaba por fin su nivel más alto, y entonces había que volverlo a vaciar y volverlo a llenar, y así una vez y otra.

Cierto día trajeron a las cárceles a un cristiano hecho prisionero en una incursión cerca de Toledo. El cautivo había viajado por todo el oriente con motivo de las cruzadas y unía a su natural inteligencia lo mucho aprendido en sus viajes. Por el ventanuco de la celda contempló el ir y venir de cubos de agua y las fatigas de aquellas pobres gentes. Enterado del asunto que originaba todo aquello, pidió audiencia al caid.

Una vez en su presencia le dijo:

- Bondadísimo señor: he sabido que por muchos brazos que os sirvan, nunca conseguís tener vuestro estanque lleno de agua limpia y fresca. Pero yo conozco la forma de conseguirlo.

Nada más dicho esto, el caid se interesó vivamente por la idea y cambió rápidamente de actitud. Ordenó levantarse del suelo al cautivo y sentarse a su lado, le ofreció limonada y le rogó que siguiera.

El astuto cautivo comprendió en seguida que lo tenía en sus manos y que conseguiría a cambio lo que le pidiese.

Y añadió:

- Yo sólo, sin ayuda de nadie, puedo hacer que

vuestro estanque se llene de agua fresca y limpia en una sola noche, y si os apetece, lo vaciéis al atardecer y al día siguiente estará lleno de nuevo.

Ante esta nueva propuesta, el caid pensó que se trataba de una patraña del cautivo y dudó.

- Santísimo Señor -añadió el cautivo- si no consigo lo que os ofrezco, yo mismo me cortaré las venas ante vuestra presencia y pagaré con mi vida mi fracaso.

Esto despejó la duda del caid y reavivó su interés, entregándose por fin en manos del astuto prisionero.

- ¿Y que necesitáis para ello? Pedid lo que queráis, que si está en mis manos darlo lo daré sin vacilar -terminó por fin ofreciendo el caid.

- Señor, no necesito ni oro ni plata, ni esclavos ni esposas, ni honores ni privilegios ni señoríos.

Ante esta respuesta, la confianza del caid llegó a ser plena, no pensando ya en que el cautivo quisiese aprovecharse de la situación ni que le exigiera nada extraordinario, por lo que insistió en su ofrecimiento:

- Pide, pide lo que necesites y te aseguro y te juro por Alá que lo tendrás si está en mis manos.

- Sólo necesito tiempo, alegría, y los ladrillos y materiales que yo toque con mis manos. Puesto que soy vuestro prisionero, todo mi tiempo está en vuestras manos. Puesto que necesito muy poco para estar alegre, tan sólo ver alegres a quienes estén a mi lado, tampoco esto os será imposible de darme y puesto que sois el dueño de Ragwäl, todo ladrillo que hay en él es también vuestro.

La petición le pareció tan poco comprometida y tan poco exigente que el caid juró concederla sin vacilación, sin entrar en detalles ni más condiciones. Obsesionado con su estanque, sólo volvió a preguntar:

- ¿Y podré tener ya mañana realizado el prodigio?

- Lo tendréis de seguro, altísimo señor, pero no precisamente mañana- respondió el cautivo-. Puesto que me habéis ofrecido a cambio del prodigio tiempo, os pido que me deis unos meses antes de realizarlo. Puesto que necesito estar alegre, dejadme en libertad y haced que vuestros servidores y alarifes estén también contentos, liberándoles de las cargas que tienen y que trabajen conmigo para su alegría. Y en cuanto a los ladrillos, yo iré tocando con mis manos los que vaya necesitando.

El caid comprendió entonces que las exigencias del cautivo no eran tan simples, pero con tal de que al fin cumpliera lo prometido, aunque aún no acertaba a ver cómo lo conseguiría, aceptó refunfuñando.

Así fue como aquel cautivo formó una cuadrilla con los alarifes y servidores del caid y durante los meses del plazo que había solicitado fue construyendo el acueducto y los entubamientos desde la sierra hasta "Ragwäl". Cuando necesitaba materiales, no tenía más que ir al caid y tocar donde quería para que los muros, las piedras y los ladrillos fueran a parar a sus obras. El cautivo fue considerado y no tocó nada de las murallas ni del Alcázar ni de las viviendas de los habitantes de Ragwäl, pero sí los muros de las mazmorras y cárceles de la fortaleza y de cuanto pudiera servir para cárceles y prisiones.

Al cabo de unos meses el acueducto quedó terminado y todas las conducciones subterráneas a través de las calles, desde su entrada por la muralla hasta el Alcázar del caid. Aquel día, el astuto cautivo se presentó ante éste y le dijo:

- Magnánimo señor, habéis cumplido cuanto prometisteis. Esta misma noche cumpliré yo lo prometido.

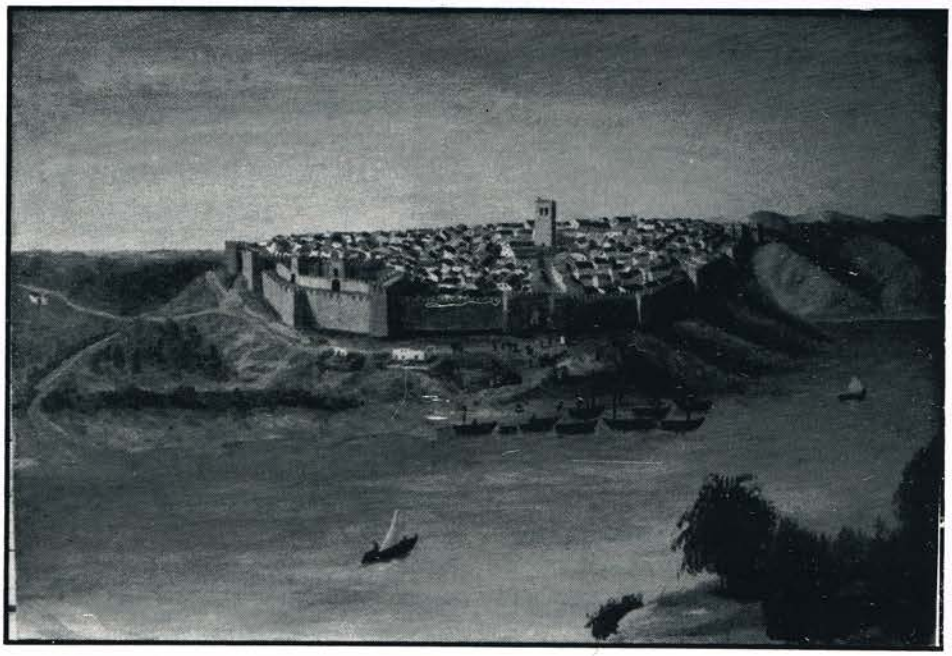
Y efectivamente, aquella misma noche comunicó la traída de aguas con la fuente de la sierra y un fluido y rápido caudal de agua fresca y limpia corrió por aquellas conducciones hasta el mismo estanque del caid, que quedó lleno y rebosante en tan sólo unas horas.

***

Aunque entonces comprendió el caid con cuanta astucia y habilidad había negociado las condiciones aquel cautivo antes de mostrar y dar a conocer la ciencia con la que se podía hacer el prodigio, no obstante se sintió satisfecho y comprendía que, a pesar de lo mucho que le había costado la obra en materiales y salarios, bien lo merecía.

Al parecer, el cautivo, ya en libertad, se quedó a vivir en Ragwäl, donde gozó siempre de la estima y amistad del caid, que presumía de tener algo en su fortaleza que ni siquiera el rey de Isbiliia tenía, aunque al poco tiempo se construyeron los Caños de Carmona, imitando los de Ragwäl, y así quedaron igualados.

El cristiano cautivo se casó en Ragwäl, posiblemente con la hija del caid, tuvo hijos y nietos y todos ellos siguieron conservando su fe cristiana. Es posible que de algunos de sus descendientes naciera o tomara parentesco la mora que luego daría nombre a la fuente que está en la vega, al pie de la Cuesta que también llaman de la Mora y de ahí la relación de un relato con otro. Pero que yo sepa, ésta es otra historia.



VISION DE ALCALA DEL RIO A COMIENZOS DEL SIGLO XVI.
Por José B. Domínguez, 1994.
(Oleo sobre lienzo, 73x54 cms. Propiedad particular).

RELACION DE LEYENDAS QUE CONTIENEN ESTE NUMERO Y EL ANTERIOR:

(I)

- *LA FUENTE DE LA MORA*
- *LA ERMITA DE SAN SEBASTIAN*
- *EL CALLEJON DE LOS MUERTOS*
- *LA PUERTA DE BIB RAGEL*

(II)

- *LA CRUZ DE LOS BENAVIDES*
- *LA CRUZ BLANCA*
- *EL FRAILE QUE ENCLAVO AL CRISTO DE LA VERA-CRUZ*
- *SAN GREGORIO, TESTIGO PRESENCIAL*
- *EL ACUEDUCTO DE AL-QAL´AT RAGWAL*

Biografía

JOSE BENJAMIN DOMINGUEZ AGUILAR

Nació en Alcalá del Río en 1946, donde vivió hasta que en 1974, tras un período de casi dos años de residencia provisional en Málaga, se afincó definitivamente en Sevilla. Fue en Alcalá del Río donde realizó sus estudios de bachillerato, salvo un año que lo cursó en los Salesianos de la Trinidad. No obstante, a pesar de su posterior residencia en la capital, nunca ha perdido su vinculación con nuestro pueblo en todos sus aspectos y al que visita constantemente.

Es Profesor Mercantil y Diplomado en Ciencias Empresariales por la Universidad de Sevilla; Graduado Social por la de Granada y Diplomado Superior en Tributación de Sociedades por la U.N.E.D. Durante su estancia en Málaga, cursó al mismo tiempo estudios en la Facultad de Ciencias Económicas de aquella ciudad, donde creó su primer bufete de consultores. En 1.979 obtuvo por concurso-oposición su ingreso en el Instituto de Auditores-Censores Jurados de Cuentas de España, siendo en la actualidad auditor oficial registrado en el R.O.A.C. del Ministerio de Hacienda.

Su actividad profesional ha estado repartida, casi mitad y mitad, entre sus servicios como directivo del área económico-financiera en diversas empresas, principalmente industriales de ámbito multinacional, y su actividad como profesional libre en calidad de asesor-consultor de empresas en las especialidades de organización y fiscalidad, así como auditor independiente. En la actualidad, está encargado del Area de Auditoría Interna de una importante factoría de Sevilla.

En ambos casos, ha efectuado al mismo tiempo incursiones en el campo docente, habiendo sido Profesor Ayudante de Legislación Fiscal en la Escuela de Comercio de Sevilla e impartido o pronunciado diversos seminarios, cursillos o conferencias sobre temas profesionales de su especialidad.

Pero, aunque ha intervenido como asesor en algunas empresas alcalareñas, en nuestro pueblo le conocemos más por sus actividades en el campo cultural.

Su irrenunciable condición de alcalareño, cofrade y apasionado por nuestra Historia, marca todo su quehacer extraprofesional, al que dedica el resto de su tiempo, y siempre teniendo a nuestro pueblo como centro.

Fue uno de los impulsores de la Fundación Marcos García Merchante, de la que es Consejero desde su Fundación y, actualmente, su Presidente Ejecutivo.

En 1989 fue Pregonero de las Fiestas Patronales en honor de San Gregorio de Osset.

El compromiso contraído como cofrade con las hermandades de la Vera-Cruz de Alcalá y de Sevilla -de la que ha sido Hermano Mayor entre 1989 y 1993- y su compromiso con la Fundación Marcos García Merchante, ha motivado el que haya dejado impresa una larga serie de artículos en las publicaciones de estas instituciones, donde ha volcado, además del fruto de sus investigaciones históricas, su punto de vista sobre ellas.

PUBLICACIONES

LIBROS

* ARTEAGA RUIZ, J.A. y DOMINGUEZ AGUILAR, J.B.: "La Hermandad de la Vera Cruz de Alcalá del Río. Apuntes para su Historia". Sevilla. 1981.

* VARIOS AUTORES: "Semana Santa en Sevilla". Colección de 6 tomos. Ediciones BEA y GEMISA. 1982. En tomo IV: "Muerte y Gloria río arriba: Semana Santa en Alcalá del Río" (Págs. 159 a 183).

ARTICULOS

* ***"La antigüedad de la Vera-Cruz".*** (El Correo de Andalucía. Separata "Cuaresma´87". Días 30 y 31 de marzo de 1.987)

* ***"Congreso de la Vera-Cruz, a modo de conclusiones".*** (Diario ABC de Sevilla. 2/4/92 - Pág. 48).

* ***"El Ayuntamiento y la Cofradía de la Vera-Cruz"*** (Diario ABC de Sevilla. 13/3/93. -Pág. 46:)

* Además y casi ininterrumpidamente ha venido colaborando con sus artículos en las Revistas de Fiestas de San Gregorio de Osset, en "Primavera Ilipense" y en los boletines de las hermandades a las que pertenece, además de algunas otras colaboraciones en publicaciones similares.

TRABAJOS INEDITOS

* ***"Manual sobre régimen jurídico y administrativo de hermandades y cofradías".***

FUNDACION MARCOS GARCIA MERCHANTE
Exmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río
Delegación de Cultura